

## DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Zaqueo es un modelo para todos nosotros en muchos aspectos; y eso que era un gran pecador. No sólo era malhechor, sino jefe de publicanos. Obraba el mal y propiciaba que otros hicieran lo mismo. Pero Zaqueo tiene un deseo en su corazón, que es ver a Jesús. Zaqueo piensa que ese hombre, del que ha oído tantas cosas, puede responder a lo que su corazón busca. Se nos dice que era rico. Pero también era consciente de que sus riquezas no eran suficientes para saciar el deseo de su corazón. Todo hombre tiene esa inquietud en su corazón. Con palabras precisas lo expresó san Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti». Sin embargo, algunos minimizan ese deseo, se conforman con menos. Es lo que el sacerdote italiano, fundador del movimiento eclesial Comunión y Liberación, Luigi Giusanni ha denominado «reducción del deseo». En pocas palabras es como decir que alguien querría ser santo pero, al final, se conforma con la mediocridad, y eso al precio de saber que no se realiza del todo.

Zaqueo no actúa así. Lo vemos porque, siendo bajito y quedando impedido por la multitud que le impide ver, no se acobarda. Al contrario, sube a un árbol. Él, un personaje importante, trepa a una higuera como un gato. Podemos pensar en lo ridículo de la situación, más aún, cuando Jesús se para ante él y le dirige la palabra. Podemos también suponer los comentarios jocosos de la gente. Zaqueo, al que todos, si no respetan, al menos temen, pasa a ser centro de las risas y murmuraciones. Pero a él no le importa porque ha dado un paso importante: se ha separado de la multitud. Se ha separado de la masa, lo que todos hacen. La masa muchas veces ahoga los impulsos más grandes que hay dentro de nosotros mismos.

Jesús le dirige la palabra: «Baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa». Jesús quiere habitar en el corazón de cada uno. El deseo del hombre coincide con el deseo de Dios. Jesús ama apasionadamente al hombre y quiere estar con Él.

Y cuando Jesús entra en casa de Zaqueo, se produce la transformación. Zaqueo empieza a amar a los hombres porque ha sido amado por Dios: «La mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más». La vida de Zaqueo se iluminó, como señala el libro de la Sabiduría: «A los que pecan les recuerdas su pecado, para que se conviertan y crean en ti, Señor». El camino de Jesús es el amor. Gran lección para nuestro tiempo, cuando muchos hombres viven embadurnados por el pecado: el personal y el que es asumido por la sociedad en su conjunto.

La riqueza embota el alma, pero ya Aristóteles había dicho que los hombres ante todo desean tener amigos. Zaqueo, aquel día, descubrió que alguien le amaba desinteresadamente: lo vio en su mirada, en sus palabras y en el hecho de que Jesús se acercara a él y le hablara como los verdaderos amigos: «Vengo a tu casa». Es decir, vengo para estar contigo y comer con tus amigos, que son pecadores como tú. Me acerco a ti para que tu vida se transforme. También hoy la verdadera amistad sigue siendo camino privilegiado para el apostolado.

Por intercesión de la Virgen Santísima, pidamos esto al Señor. No tener miedo del ridículo, de hacer lo que nos pide el corazón aunque sea al revés de lo que hace todo el mundo. Que Dios entre en mi alma, en mi vida, en mis pensamientos, en mis cosas.

Señor Jesús, mi Dios y mi amigo. Hoy vienes a mí y te invitás a mi casa. Hoy te comulgo para que entres en mí. Yo sé que me harás ver mi pecado, mi miseria. Perdóname. Pero también sé que me darás esa nueva luz que necesito, que me ilumina, que da un nuevo sentido y una nueva fuerza a mi vida. Señor: te quiero. Señor: te necesito. Levántame, Señor.